

gada República francesa cuando esgrimía la espada de Marengo y de Arcole, la espada que había escrito el nombre de Francia sobre la tumba de los Faraones de Egipto; que los Estados-Unidos la hubieran entregado al misterioso Lincoln, al trabajador oscuro que habiendo vivido la vida errante de los bosques, con su hacha de leñador por todo recurso; nacido en una cabaña de Kentucky; criado desde la edad de ocho años en las balsas arrastradas por las corrientes del Ohio, como el Moisés de una nueva raza; marinero más tarde de las barcas que cruzaban el Misisipí, después de haberse abierto paso con toda su familia, héroe sublime de la epopeya del trabajo, entre selvas inexploradas desde la Indiana hasta el condado de Spencer, por un milagro divino se levanta á ser el redentor de tres millones de esclavos, y el jefe del primer pueblo de la tierra; se concibe que en momentos supremos y á hombres milagrosos y extraordinarios, se les entregue la dictadura; pero pedirla como la pide O'Donnell, después de una derrota vergonzosa, después de haber sido el escarnio de las naciones extranjeras, en nombre de una serie de contratemplos y de desventuras increíbles que provocarían á risa si no se tratase de la honra y de la fortuna de la patria, es la demencia del orgullo en el gobierno, ridículo dictador, ó es el extremo de la abyección y de la miseria en nosotros, indignos españoles.»

«La dictadura nace de lo extraordinario, se funda en la necesidad, se justifica por el interés de todos, se engrandece por la victoria, se glorifica por la salud del pueblo, crece con los peligros, como en aquellos momentos sublimes é inolvidables en que la Convención la tomó, la recogió del suelo, cuando los extranjeros amenazaban todas las fronteras de Francia; cuando la Vendée la descuartizaba con la insurrección parricida; cuando la corte conspiraba en su seno contra todos los derechos adquiridos por la revolución; cuando no podía salvarse sino por un arranque de

gênio en un momento de delirio y desesperación.»

«Pero vosotros, pigmeos, ¿qué pedís? Pedís la arbitrariedad, pedís el despotismo ciego; pedís que no se examinen los presupuestos, que no se discutan los arreglos de nuestras deudas, que se reconozcan los cupones á vuestro gusto sin el zumbido incómodo de una controversia pública, que se pueda emitir papel de la deuda en estos momentos en que el mercado está desierto, y la cotización desciende hasta cero, y el papel no sirve para nada, en fin, que os sea lícito en la oscuridad concluir la completa ruina de la Hacienda.»

«¿Qué espectáculo! ¿A quién acudiremos? Los hombres de la unión liberal deben haber perdido toda idea de justicia, todo sentimiento de dignidad. Cuando el año pasado se emitía el empréstito Sabater, clamaban horrorizados, y ahora emiten un empréstito más ruinoso. Cuando los moderados intentaban reconocer los cupones, decía el ministro de Estado de hoy que antes que firmar tal reconocimiento se cortaría la mano, y se reconocen los cupones, y al ménos, de rabia y de vergüenza debiera haber perdido, no ya las manos, la cabeza. Y vosotros, periodistas de los artículos revolucionarios, de las protestas contra gobiernos en verdad no tan arbitrarios como el vuestro, ¿dónde, dónde estais? Aun recordamos que cuando se trató del arreglo de la deuda en tiempo de Bravo Murillo, un ministro, el Sr. Negrete, individuo de la unión liberal hoy, dió un «No» en oposición abierta con todos sus compañeros de gabinete; porque á sus oídos llegaban rumores de que trataba de arreglarse aquella deuda sin la discusión necesaria. Y ahora dirá «Sí» en el Senado al arreglo dictatorial de los cupones ingleses. Si hubiéramos de juzgar del estado de la sociedad por las manchas que le salen á la faz, podíamos decir que en España estaba gangrenado hasta la médula de nuestros huesos.»

«El régimen constitucional puede renunciar á todo, ménos á la discusión de los servicios públicos. Esta es la base y la cúspide del Parlamento. Aun en aquellos tiempos más desastrosos de la política más absolutista, las Cortes conservaban este derecho. Y ahora se pide que las Cortes dejen de conocer en los asuntos más graves de la gestión de la Hacienda, en el arreglo de la deuda que ha de imponer un gravámen permanente á los ciudadanos, en el aumento del ejército que puede extraer la más preciosa sangre de las agotadas venas de nuestro pobre pueblo.»

«El régimen constitucional, en su acepción más restringida, puede definirse de esta sencilla manera: la intervención de los contribuyentes en la designación del ejército y del impuesto. Pues bien, ambas facultades le quita el general O'Donnell á su antojo, y como quiera que es militar por temperamento, militar por profesión, militar en el gobierno, militar en el Senado, siempre militar, se aprovechará de la primera coyuntura para poner en pié de guerra al país, y agostar la flor de la juventud en el ejército. Y el contribuyente verá por el arreglo de las deudas, por la emisión de los títulos, menguado su patrimonio; y las familias verán por el aumento del ejército diezmos sus individuos, sin que puedan ni siquiera quejarse, porque las Cortes se hallarán cerradas, y la prensa muda bajo el pesado yugo de la nueva ley. La dictadura, la bárbara dictadura, la última razón de los gobiernos tiránicos, se estenderá sobre el país desolado, sobre el pueblo hambriento.»

«El sistema de la unión liberal ha sido la corrupción; el sistema de la unión liberal ha sido siempre anteponer á todo los intereses materiales. Fundó un partido sin ideas, sin espíritu, sin sistema; un partido que sólo se unió, que sólo pudo unirse por el frágil lazo del presupuesto. Derramó por codicia en Santo Domingo la sangre española, para que resultaran des-

pues esas sirtes de guerras americanas donde malgastamos nuestras fuerzas. Malbarató la fugaz gloria adquirida en Africa y el providencial destino que allí podíamos desempeñar, por unos cuantos ochavos marroquíes. Alistó en sus banderas, á pelotones, desde pacatos y tímidos neo-católicos como Mena y Zorrilla, hasta demagógicos tribunos como Escosura. Y ahora para proseguir en su perverso sistema de anteponer los intereses materiales á la honra moral de España, va á arreglar la deuda extranjera en el silencio.»

«¿Y se le consentirá? ¿Y será posible que no se levante un clamor tan fuerte, tan vivo, como aquel que se levantó contra el funesto empréstito de Barzanallana? Este sistema económico es más desastroso, es más contrario á los intereses del país, lleva envueltos en sí mayores gravámenes para el contribuyente, ruina mayor para el Tesoro. Despiértese la opinión, despiértese, que medios legales tiene aún de hablar; no se diga que somos un pueblo de eunucos, dignos de guardar el sueño de cualquier señor á las puertas de un serrallo, como los griegos de Bizancio. La dictadura de la impotencia sólo puede ser consentida por los esclavos del miedo.»

Efectivamente tenían razón los que hablaban así. El proyecto de dictadura había indignado en todas partes y á todo el mundo. El proyecto de dictadura era una nube que entrañaba toda suerte de males para este país sin ventura. Por él se conculcaban todos los principios que sirven como de base incontrastable al régimen constitucional, á este régimen que nos ha costado mares de sangre, sin que hayamos tocado ninguna de sus ventajas, sin que hayamos recogido ninguno de sus frutos. Los presupuestos volvían á plantearse por autorización. Las leyes todas quedaban en suspenso desde el momento mismo en que el gobierno podía negar á su antojo todos los servicios. Se hacía una rebaja á los empleados en sus sueldos; pero se exceptuaba el clero y el ejército, las dos castas privilegiadas que

consumian la mitad del presupuesto. Los cupones se reconocían dictatorially, es decir, el sudor del pueblo se malgastaba, se malbarataba en una negociación, sin que el pueblo pudiera intervenir en asunto tan grave, como si no hubiera salido todavía de la tutela del absolutismo. Se establecía sin razón alguna que la abonase, la dictadura más extraña, más inverosímil que recuerda la historia.

Así la alarma del país era inmensa. Los periódicos de provincia excedían en coraje á los periódicos de Madrid. Todos á una, como por igual resorte movidos, se levantaban á protestar contra la dictadura; todos sentían el rostro encendido por la saliva que acababa de escupirnos el general O'Donnell.

«El asombro, decía el progresista Navarro, el estupor de España ante los descabellados planes del gabinete es inmenso. En un país cuya industria muere, cuya agricultura agoniza; en una nación víctima de las ruinosas medidas rentísticas de ministros doctrinarios y empíricos; en este desgraciado pueblo que ve muerto su crédito, quiere un gobierno escarnejado autorización para aumentar de nuevo la deuda que nos ahoga, y para aumentarla nada menos que en la enorme cifra de CUATRO MIL MILLONES.»

«La situación es grave, é inútil, exclamaba el *Guadalquivir de Córdoba*, los paliativos: cuando la enfermedad progresa es necesario hacer uso de medicinas radicales, de remedios heroicos.»

Y más abajo añadía:

«La descarada reacción ha lanzado un reto á la libertad, y ésta lo ha aceptado. ¡Ay de la reacción, porque la libertad no puede sucumbir!»

«Conocemos ya en toda su extensión, escribían *Las Provincias* de Valencia, los proyectos político-financieros del ministerio, y ha llegado la hora de que rendidos á la evidencia de los hechos los más esperanzados en la buena estrella de la unión liberal, con-

templen la profundidad del abismo á cuya orilla nos ha arrastrado su imprevisor despilfarro.»

«Tenemos, pues, á la unión liberal, dice *La Corona de Barcelona*, que tanto se jactaba de su respeto á las prácticas constitucionales, á la unión liberal, que tan severos cargos hacía á las administraciones moderadas por el abuso de cobrar los impuestos por autorización, incurso en la misma falta.»

«Atrevimiento, por no darle otro nombre, se necesita para llamar á parto tan descomunal, verdadero voto de confianza. ¡Voto de confianza! ¿Y á quién? preguntaban *Los Dos Reinos* de Valencia. A un hombre que no entiende de leyes y le sobra audacia para suspender las garantías constitucionales, como dijo en la sala de conferencias.»

«¿Cree el duque de Tetuan, preguntaba á su vez *El Euscalduna* de Bilbao, que en la situación presente y ante los peligros que puedan amenazarnos las cuestiones interiores y exteriores, es forzoso encaminar la política y la gobernación por un cauce distinto del que les abrió con ríos de sangre el principio liberal? Pues si tal cree, que se retire y deje en manos de otros hombres lo que él no alcanza á dirigir.»

«Se revolverán, lucharán, saltarán por todas las conveniencias; vivirán un día más, decía *El Eco de Alicante* refiriéndose á la actitud de los unionistas en esta cuestión; si se quiere, rodeados de desdichas y de angustias mortales, pero desaparecerán al cabo y para siempre, entre los silbidos y anatemas del pueblo que los detesta y execra su memoria.»

«Contemplen que el estado deplorable en que se encuentra la Hacienda española, dice *El Eco Bilbaino*, no es más que la consecuencia inevitable de los errores cometidos por ministros ignorantes é imprudentes.»

«¿Qué queda ya? añadía *La Crónica Mercantil* de Valladolid, la bancarrota y la mi-

seria; el descrédito más terrible nos amenaza, y no es posible vivir así por más tiempo.»

«¡Bonito porvenir se ofrece á España! decía *La Perseverancia* de Zaragoza (periódico absolutista). ¡Y todavía hay quien se asusta de que la revolución llame á la puerta de este infortunado país! ¡Como si las catástrofes que ha de traer sobre la tierra no fueran la más cabal demostración de la justicia del cielo!»

«Sin duda es pánico, y pánico con todo su terrible cortejo de temores, de sombríos presentimientos, de lúgubres profecías; pero es un pánico natural, exclamaba *El Telégrafo* de Barcelona, porque viene de lo alto, es el gobierno el que dá el ejemplo, es el ministerio el primero que se muestra poseído de un vértigo cuyas consecuencias aterran. ¡Oh! aun hay quien se opone hoy á la unión, no de todos los partidos liberales, sino de todos los hombres patriotas, que quieran siquiera la vida de la pobre España.»

Hé ahí periódicos de todas las provincias de España, periódicos de todos los matices, unánimes en condenar un proyecto de dictadura que era la deshonra de la patria. No se trataba de tal ó cual partido que tuviera interés en derribar al gobierno para sustituirle; eran todos los partidos; no se trataba de tal ó cual periódico escrito al calor urente de la atmósfera de Madrid, eran todos los periódicos; no se trataba de tal ó cual provincia que clamara por un interés aislado, son todas las provincias, era el clamor de todos los españoles, la voz de la patria que llenaba los aires. Desde los tiempos de la guerra de *la Independencia* no se había visto en España unanimidad tan asombrosa de sentimientos.

La discusión del proyecto de autorización fué larga y procelosa. Notábase en los bancos de la mayoría una gran desanimación, y en los salones de conferencias una extraordinaria garrulería. Hablábese aquí en este punto mucho, extraordinariamente, de una comisión de la mayoría que había acudido á pedir al general O'Donnell modificaciones en el

proyecto de autorización. Pero el general O'Donnell se había negado á toda explicación, á toda avenencia, á complacer en lo más mínimo á los que demandaban algún medio de salir del grave apuro á que los redujera el gobierno, obligándoles á una abjuración de sus principios parlamentarios. El general O'Donnell, acostumbrado ya á la dictadura, trataba á los diputados como soldados; los trataba con la dureza y el menosprecio que Sila ó Antonio trataba á los senadores romanos.

Por eso decía que la mayoría se desbandaba. Ya había en su seno antiguos disidentes, nuevos disidentes, fracción Serrano, diputados catalanes, grupo de Camprodon, y otros indiferentes, además de los retraídos y abstinentes. Y de este confuso y abigarrado ejército donde tantos clamaban en sentidos diversos, ¿podría salir nunca una dictadura fuerte? Lo que saldría sería un enjambre informe que nos deshonrara, nos oprimiera, y acabara de consumir para siempre nuestra ya inevitable ruina.

Se discutía el voto del Sr. Nocedal, que por una triste irrisión, por un juego incomprendible de la suerte, vino á ser más liberal, mucho más liberal que el ministerio O'Donnell. El Sr. Moyano pronunció un ardiente discurso, un discurso de mucho mérito contra el proyecto de autorización. Examínense sus argumentos, léanse sus cifras, y de seguro el ánimo del más fuerte se abate en presencia de tamaña ruina. Ibamos á reconocer unos certificados ingleses que desde el arreglo de la deuda venían siendo el caballo de batalla de todas las situaciones, el terror de todos los ministros; reconocimiento que no se habían atrevido muchos ministros á llevar á las Cortes, y que el general O'Donnell quería resolver dictatorially, de una manera tal, que rayaba en el escándalo.

El Sr. Moyano usó argumentos *ad hominem* de una gran fuerza. Ese señor ministro de Estado que pedía una dictadura para abrir con

el puño de la espada las puertas de la Bolsa de Londres, llamaba á los señores del comité mercachifles, los cuales no merecian, no ya un sacrificio, pero ni siquiera consideracion. Ese señor ministro de Hacienda que iba á emitir tantos y tantos millones de treses, confesaba en el mes de Febrero que toda emision de treses habia de ser por fuerza adversa á nuestro crédito, ruinoso á nuestro país. Con razon le decia el señor Moyano al Sr. Alonso Martinez que es un ciego, sí, un ciego que conducia por derroteros desconocidos, el Erario á su perdicion, y el país á una gran vergüenza. Ochocientos millones anuales iban á ser necesarios para pagar todos estos despilfarros de la union liberal; ochocientos millones, mares de sudor del pueblo, malgastados, perdidos.

¿Y qué se iba á conseguir con la dictadura? ¿Qué bien material iba á traer al país? ¿Qué remedio urgente iba á aplicar á nuestros males? A medida que un gobierno es más reaccionario, necesita más agentes, y á medida que necesita más agentes, necesita tambien más dinero. Toda la rebaja que de los sueldos puede calcularse, es de veintidos millones. Pero en cambio, esos veintidos millones se los llevarán los tenedores de los cupones ingleses. Nada ahorraremos. La emision del papel exigia ciento cincuenta millones anuales. Y no se sabia, no se acertaba á comprender de dónde saldrian recursos para satisfacer todos estos gastos. La contribucion territorial no podia subir más. Los subsidios eran ya escandalosos. Desgraciado país, arrastrado á la bancarrota por la ceguera, por la impecria, por la desatentada conducta de la union liberal. Y cuando se necesitaba una mano enérgica, una inteligencia clara, fuerza de voluntad, propósito firme de reducir los gastos, teniamos por todo ministro el Sr. Alonso Martinez, que sólo habia sabido mendigar de puerta en puerta algun préstamo, caer al pié de los fundadores del Banco inglés, reconocer los cupones, como si los cupones fueran

algun manantial de riqueza, y desvanecer como humo los últimos restos de nuestra riqueza nacional.

Con razon le increpaba fuertemente el señor Moyano. Con razon le decia que era la imprevisión y la ceguera dirigiendo nuestra Hacienda, y estrellándola contra grandes escollos. Con razon decia que cuando se hablabá por pasillos y por salones de conferencias de la caída del ministro, hasta los mismos ministeriales se frotaban las manos en señal de alegría.

El Sr. Alonso Martinez estuvo profundamente silencioso. No respondió ni una palabra á la lluvia de cargos que á manera de plomo derretido arrojaba sobre su frente el Sr. Moyano. El ministerio se impuso silencio. Como la dictadura es el silencio, como la dictadura es la arbitrariedad, como la dictadura es el despotismo, ¿para qué quieren, para qué, la discusion? Apáguese toda luz, caigamos en el silencio y en la inmovilidad de los muertos.

Quisiéramos saber qué intentaba, qué sostenia, qué defendia en aquella sazón el señor Illas y Vidal. Dijo que quiere y no quiere la dictadura; quiere y no quiere la emision de títulos; quiere y no quiere apoyar al general O'Donnell; estando suspenso entre dos fuerzas iguales y contrarias, y todavía no sabiendo en cual de las familias ministeriales podríamos clasificarse. La union liberal estaba en un período de completa disolucion, estaba perdida. Quería imponer silencio á la tribuna y á la prensa; pero no viviria porque todos callásemos: que la arbitrariedad en el poder es un signo de muerte.

El miedo y la desconfianza dominaban en la esfera del gobierno; la ansiedad y la perturbacion moral en el país; la alarma en todas partes. La conviccion firmísima de que la situacion era insostenible, de que la atmósfera política estaba preñada de peligros para el gobierno, poseía á todos los espíritus. La poblacion de Madrid se sentia instintivamente

agitada: las noticias que llegaban de provincias, manifestaban que esa agitacion era extraordinaria, general en toda España. Se operaba, sin duda, en el seno de nuestra sociedad, uno de esos fenómenos que en los seres orgánicos amenazan con la destruccion en el mismo momento en que esos seres se reproducen. No desmayemos, decian los más fuertes, esos peligros de muerte son el germen de una nueva vida.

En vano los periódicos ministeriales se esforzaban por calmar la agitacion del país; en vano nos presentaban al gobierno armado de una fuerza moral irresistible. Esa oficiosa solicitud de nada servia, á nadie imponia convencimiento. Y esa agitacion, esa alarma no era ficticia, como decian ciertos periódicos; no partia de determinados círculos políticos; ni siquiera era obra exclusiva de los partidos que en su generosa desesperacion, tan solo en una enérgica, extraordinaria protesta del país, veian el remedio de los males de la patria. Esa perturbacion moral era resultado de un movimiento espontáneo de la opinion; era el grito de dolor de una sociedad que sufría, era la electricidad que estalla en el seno de la nube; nube formada por la condensacion de cincuenta años de errores, injusticias y crímenes políticos y sociales.

Y ni remota esperanza habia de que la calma renaciera. El gobierno desconfiaba hasta de su sombra; miraba con tanta prevencion al ejército, guardaba con él tan pocas consideraciones, le atropellaba de tal suerte, que nadie se explicaba esto en un gobierno presidido por el general O'Donnell. Las prisiones, los destierros, los traslados militares se sucedian sin interrupcion por estos dias. El premio ofrecido á la delacion, esa suposicion oficialmente enunciada, de que entre la pundonorosa clase militar podia fomentarse la raza vil de los delatores, habia venido á hacer más anormal la situacion del ejército.

«Entretanto, decian las oposiciones, prepárese el país para sufrir mayores males. El

proyecto de dictadura será al fin votado, con él decretada nuestra esclavitud política y nuestra completa ruina económica. Entretanto, apréstese el pueblo á un inmediato, cruentísimo sacrificio. La *Gaceta* traía el decreto por el que se llamaban á las armas á 30.000 hombres, correspondientes á la quinta del año. No basta que paguemos al fisco el tributo de nuestra riqueza y de nuestra actividad; es preciso darle tambien nuestra sangre. En las aras de ese monstruoso informe de nuestra miseria política, se nos obliga á sacrificarlo todo en desastrosa hecatombe.»

«¡Oh! despertemos pronto de ese vergonzoso letargo, gritaban, ó muramos de pena, que á tan vil precio es abominable la vida.»

Continuaban en el Congreso los debates sobre las enmiendas presentadas al famoso proyecto de las siete autorizaciones, debates que eran la pesadilla del ministerio y de la mayoría, porque durante estas discusiones la union liberal se encontraba sujeta al potro de la ignominia, expuesta ante el país con toda la repugnante fealdad de sus defectos. Tocó el turno al Sr. Cardenal, el cual, lo mismo que todos los oradores de la oposicion en aquellos dias, trituró materialmente al gobierno. Atacó el excepticismo político del Sr. Posada Herrera, ese excepticismo que es la sancion desde las alturas del poder, de todas las inconsecuencias. Acerca del reconocimiento de los cupones, como recordase al Sr. Bermudez de Castro su solemne promesa de otro tiempo de no aceptar nunca tal reconocimiento, el señor ministro de Estado excusó su manifesta informalidad, diciendo que en aquella época los tenedores de cupones exigian con amenazas el reconocimiento de sus créditos, y que tan sólo por un sentimiento de patriótica independencia se opuso á su demanda. Palabras, vanas palabras con que se trataba inútilmente de encubrir una gran inconsecuencia.

Pues qué, ¿acaso los señores ingleses habian venido á postrarse de hinojos ante nuestro gobierno? ¿No nos amenazaban con no